

NAVIDAD EN EL SANA MUERTO

Eduardo Questell Rodríguez

La guagua había estado dando brincos desde que tomamos el último tramo del camino de tierra que nos llevaba hacia la estación del Sana Muerto.

El camino es malo, pero solo será por poco tiempo, ya que como llovió ayer, no hay forma de que podamos bajar hasta la estación en el vehículo – me decía Feliciano – aquí en este sitio, cuando llueve, el camino se pone muy resbaloso y es mejor continuar a pie.

El frescor de la mañana nos traía ese rico olor a tierra que brota de la campiña después de un buen aguacero. Estábamos comenzando nuestro trabajo –el asistente de hidrólogo Feliciano, y yo, asistente del asistente– cumpliendo con nuestra labor, tomando los datos de la estación de aforo de la División de Recursos de Agua del Servicio Geológico Federal, en ese día de noviembre de 1968, en la estación del Río Sana Muerto, tributario del Río Grande de Manatí, que corre entre los barrios Barros, del Municipio de Orocovis, y los barrios Pasto y Pesas, de Morovis.

Nuestro trabajo –nunca aburrido, siempre interesante– nos llevaba a visitar diferentes estaciones de aforo, en distintos ríos, en variados sectores de nuestra Isla, donde, en la mayoría de ellos, se recogía la información relacionada con el flujo de agua que bajaba por el río en un momento dado, se verificaba y medía la altura de las inundaciones periódicas de dicho cuerpo de agua, se limpiaba la estación, etc. Esta era

una labor que había que realizar todos los meses para llevar una relación de datos científicos de cada río donde hubiera una estación. Los datos se tomaban mediante unos instrumentos que se encontraban en la misma estación y se calibraban mes a mes, por lo que la visita mensual era obligatoria. La información obtenida se llevaba a la oficina del Servicio Geológico en San Juan para el trámite, comparación y análisis correspondiente.

Feliciano no era el único técnico que llevaba a cabo dicha labor en los ríos de nuestra Isla, y normalmente quien atendía la estación del Sana Muerto era Dacosta, quien se encontraba desde hacía varios meses realizando otras funciones, por lo que la región estaba entonces bajo la responsabilidad del primero, y desde dicho mes de noviembre, también bajo la del asistente del asistente.

Traéme la bolsa de los dulces para los nenes, en lo que yo cargo las herramientas, mira que fue una encomienda de Dacosta, y no se nos puede olvidar –me recordó Feliciano.

Este me había explicado que bajando la cuesta del camino que llegaba hasta el río, vivía una familia pobre de jibaritos que tenía cinco hijos pequeños, entre varones y hembras, a los que los asistentes de hidrólogos, especialmente Dacosta, habían acostumbrado a llevarle dulces todos los meses, en la visita a la estación.

Al llegar a una curva en el camino distinguimos, un poco más abajo, cerca de una humilde casa, a los niños, descalzos y con una ropa sencilla, pero limpia, y con una sonrisa que valía un millón de pesos.

¡Sabían que les traíamos dulces! Y nos miraban con ojos golositos. Los repartimos de muy buena gana, conversamos un poco con ellos y nos despedimos para realizar nuestra labor.

Cuando regresamos al vehículo comentábamos Feliciano y yo la pobreza de los campesinos y la triste vida que tendrían esos niños en esa jalda tan lejos de la civilización.

¿Por qué no hacemos algo el mes que viene? – me indico Feliciano – la visita a la estación caería para el día 23 de diciembre y podemos traerles algo más que dulces. ¡Juguetes! – casi gritamos los dos a la vez.

Dicho y hecho. Conocíamos a los niños, compramos juguetes adecuados para cada uno, y nos pusimos a esperar la próxima visita al Sana Muerto, nosotros los cómplices, convertidos en Santa Claus y Reyes Magos, todos a la vez.

Y llegó el gran día. Con nuestra carga de juguetes, dulces y golosinas bajamos nuevamente Feliciano y yo la cuesta del camino hacía la estación del Río Sana Muerto. Como siempre, había llovido y ya se sentían los aires frescos de la época.

Al llegar a la señalada curva en el camino, allí estaban los niños, esperando a saber desde hacía cuántos días. Resultó inimaginable nuestra satisfacción al observar las caritas de sorpresa, incredibilidad y finalmente felicidad de los chiquitines al caer estos en cuenta que los juguetes eran para ellos. Realmente su gozo era el nuestro, su dicha, nuestra

recompensa. Después de estar unos momentos, continuamos nuestro descenso hacia la estación.

Cuando terminamos nuestro trabajo, subimos la cuesta y al llegar a la altura de la casa de los niños, quedamos prácticamente paralizados por la escena que encontramos. Todos los niños estaban cargados con diferentes viandas y frutas: yautías, batatas, calabazas, ñames, chinas, toronjas y el más grandecito con un racimo de guineos verdes que era casi más grandes que él. Feliciano y yo nos miramos sin atrevernos intentar coger esas viandas que se nos ofrecía. Pero en la puerta de aquel humilde hogar se encontraban los padres de los niños.

Cójanlos, cójanlos – nos decían aquellos jíbaros – son para ustedes, se lo han ganado. Es nuestro regalo de Navidad.

Demás está decir que con todo nuestro agradecimiento aceptamos los frutos de la tierra obsequiados por aquellos campesinos, acción que nos había conmovido profundamente.

Regresamos a la oficina donde compartimos ese excepcional regalo navideño con nuestros compañeros, a quienes relatamos nuestra maravillosa historia de Navidad en el Sana Muerto.

La anterior historia, que parece un cuento, ocurrió realmente hace poco más de cuarenta años cuando comenzábamos con nuestro quehacer como servidores públicos. Hoy, 4 de enero de 2009, cuando han pasado tantos años, regreso en el tiempo y aún me emociona la visión de aquellos niños y de sus padres en aquel acto de espontánea gratitud. ¡Que la vida les

haya recompensado por su proceder como auténticos jíbaros
puertorriqueños!

